

¡fúndete con el polvo, adorno brillante! (Arráncase el collar de perlas de su cuello.) ¡Condenados estáis, grand y ricos, á llevar el oro, la plata y las alhajas! ¡Condenados estáis á beber en suntuosos banquetes, condenados á reclinar vuestros miembros en los blandos cojines del deleite! ¡Carlos, Carlos! Así soy digna de tí. (Vase.)

ACTO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA PRIMERA.

FRANZ DE MOOR, reflexionando en su aposento.—
Después, HERMANN.

FRANZ.—Dura demasiado para mí... el doctor dice que se muere... pero la vida de un anciano ¿es acaso eterna?... Y mi camino sería libre y llano si no lo impidiera ese molesto y obstinado pedazo de carne, que, como el perro infernal de los cuentos de duendes, me estorba el goce de mis tesoros.

Mis proyectos ¿han de doblegarse, pues, al yugo de hierro de esa máquina?... Mi espíritu, de vuelo poderoso, ¿ha de ser encadenado al arrastre de caracol de la materia?... Apagar una luz que sólo vive merced á las últimas gotas de aceite... no, hay que hacer más... Y, sin embargo, por miedo á las gentes, no quisiera haberlo hecho. No quisiera matarlo, sino suprimirlo. Desearía hacer lo que un médico hábil, pero al revés... No cerrar la entrada á la naturaleza con un golpe repentino, sino ayudarla á entrar. Si podemos, á la verdad, prolongar la vida, ¿por qué no abreviarla?

Los filósofos y los médicos me enseñan que los afectos del ánimo concuerdan con los movimientos de la máquina

*reflexión
del autor*

del cuerpo. Las sensaciones desagradables van siempre acompañadas del desarreglo en el juego de los órganos del cuerpo... Las pasiones perjudican á la energía vital... El espíritu agobiado derriba en tierra su morada... ¿Cómo, pues, obraremos?... ¿Quién conocerá el medio de abrir á la muerte esta senda, aun no trillada, para llegar al alcázar de la vida?... ¿Corromper el cuerpo por el alma!... ¡Ah! ¡Una empresa original! ¿Quién podrá realizarla?... ¡Una obra incomparable! ¡Reflexiona en ella, Moor!... Arte sería ésta digna de tu inventiva. El envenenamiento ha sido clasificado casi entre las ciencias exactas, y en virtud de diversas pruebas se ha obligado á la naturaleza á levantar sus barreras, y se pueden calcular con anticipación, por muchos años, los latidos del corazón, y decir al pulso: hasta aquí, y no más allá... ¿Por qué no aquilatar también en esto el poder de nuestro ingenio?

¿Cómo lograré yo destruir esta grata y pacífica unión del alma y del cuerpo? ¿A qué categoría de sensaciones recurriré? ¿Cuáles son las más opuestas á la vida? ¿La ira? Este lobo hambriento se cansa pronto de sí mismo... ¿La pena? Este gusano roe con demasiada lentitud para mí... ¿El dolor? Esta vibora se arrastra con pereza... ¿El miedo? La esperanza lo alivia... ¿Cómo! ¿Son estos los únicos verdugos del hombre?... ¿Tan pronto se agota el arsenal de la muerte?... (Reflexionando profundamente.) ¿Cómo!... ¡Ahora!... ¿Qué? ¡No! ¡Ah! (Con viveza.) ¡El horror!... ¿Qué no puede el horror?... ¿Qué puede la razón, qué la religión contra el frío abrazo de este gigante?... Y, sin embargo... ¿Y si resistiera también sus ataques?... ¿Si él?... Entonces, tú, dolor, y tú, arrepentimiento, Euménides infernales, serpientes ponzoñosas que rumiáis vuestra víctima y os llenáis con vuestra propia inmundicia, destruyendo y creando perpetuamente vuestro veneno; y tú, abusación aulladora de tí misma, que devastas tu propia vivienda y hieres á tu

madre... ¡venid también vosotras en mi auxilio, gracias bienhechoras, pasado de dulce sonrisa; y tú, porvenir risueño, con tu cuerno exuberante en riqueza, ofrecedle en vuestros espejos las alegrías celestiales, miéntras esquiváis sus ávidos abrazos con pie ligero!... ¡Así atacaré yo golpe sobre golpe, asalto sobre asalto, esa vida fugitiva, hasta que el escuadrón de las furias, hasta que la desesperación la termine! ¡Victoria, victoria!... Mi plan está ya formado, difícil y artístico como ninguno, seguro, sin peligro; porque (Con ironía.) el escalpelo del disector no encontrará vestigio de herida ni de mortal veneno. (Con decisión.) ¡Ea, pues! (Entra Hermann.) ¡Hola! ¡El *Deus ex machina*, Hermann!

HERMANN. — A vuestras órdenes, digno caballero.

FRANZ. (Dándole la mano.) — No hablas con un hombre desagradecido.

HERMANN. — Pruebas tengo de esta verdad.

FRANZ. — Más has de tener en breve... sí, en breve, Hermann... Algo quiero decirte, Hermann.

HERMANN. — Ya escucho atentamente.

FRANZ. — Yo te conozco; tú eres un joven resuelto... un corazón de soldado... con pelos hasta en la lengua... Mi padre te ha ofendido mucho, Hermann.

HERMANN. — Lléveme el diablo si lo olvido.

FRANZ. — ¡Así hablan los hombres! La venganza sienta bien á un alma varonil. Tú me agradas, Hermann. Toma esta bolsa, Hermann. Más pesada sería si yo fuese el único dueño.

HERMANN. — Tal es también mi más ardiente deseo, noble caballero; os doy las gracias.

FRANZ. — ¿Es posible, Hermann? ¿Deseas tú acaso que yo sea el dueño de todo?... pero es de león la médula de los huesos de mi padre, y yo el hijo menor.

HERMANN. — Quisiera que fueseis el primogénito, y que

la médula de los huesos de vuestro padre fuese la de una doncella tísica.

FRANZ. — ¡Ah, cómo te recompensaría el hijo primogénito! ¡Cómo te sacaría de ese vil polvo, que tan poco conviene á tu corazón y á tu nobleza, y te elevaría á más brillantes regiones!... Entonces, tan verdad como estás ahí, que, cubierto de oro y en un coche de cuatro caballos, correrías tú las calles! ¡Si, si; de seguro!... Pero olvido el asunto de que pensaba hablarte... ¿Has olvidado ya, Hermann, á la señorita Edelrico?

HERMANN. — ¡Rayos y centellas! ¿A qué me la recordáis?

FRANZ. — Mi hermano te la ha birlado.

HERMANN. — Ya lo pagará.

FRANZ. — Ella te dió calabazas. Hasta creo que él te hizo rodar las escaleras.

HERMANN. — Y en pago lo enviaré al mismo infierno.

FRANZ. — Él decía que, según se susurraba, te estabas curando, y que tu padre no te veía una vez que no exclamase, dándose golpes de pecho: «Que Dios tenga misericordia de mis pecados.»

HERMANN. (Furioso.) ¡Condenación! ¡Callaos, por Dios!

FRANZ. — Te aconsejó que vendieras en pública subasta tus diplomas de nobleza, para remendar con su producto tus medias.

HERMANN. — ¡Que todos los diablos me lleven! Le sacaré los ojos con las uñas.

FRANZ. ¿Cómo? ¿Te encolerizas? ¿Por qué te enfureces contra él? ¿Qué daño le puedes causar? ¿Qué es una rata, como tú, contra un león? Tu ira hace más grato su triunfo. No logras otra cosa que rechinar tus dientes, y saciar tu rabia en un pedazo de pan seco.

HERMANN. (Dando una patada en el suelo.) — Quisiera reducirlo á polvo.

FRANZ. (Con una palmadita en el hombro.) — ¡Quita allá,

Hermann! Tú eres un caballero. No debes sufrir la afrenta que te mancha. No debes consentir que te birlen esa doncella, no; ¡por cuanto hay en el mundo! Lléveme el demonio si yo, en tu lugar, no tentaría todos los medios.

HERMANN. — No descansaré hasta no verlo enterrado.

FRANZ. — ¡No por el empleo de la violencia, Hermann! Acércate... ¡Amalia será tuya!

HERMANN. — ¡Si; es preciso, pese á todos los diablos; es preciso que así sea!

FRANZ. — La tendrás, te digo, y yo te la daré. Acércate, te digo... ¿ignoras acaso que está como desheredado?

HERMANN. (Aproximándose.) — ¡Imposible! Nada de esto hubiese sabido.

FRANZ. — ¡Cállate, y oye lo que resta! Otra vez sabrás más... Sí; te digo que hace unos once meses está como desterrado. Pero ya se arrepiente el viejo de su decisión precipitada, aunque (Sonriéndose.), según creo, no es obra suya. La señorita Edelrico no lo deja sosegar un instante con sus quejas y reconvenções. Más pronto ó más tarde lo hará buscar por todos los ángulos de la tierra, y si lo encuentra, ¡entonces, buenas noches, Hermann! Con la mayor humildad estarás cerca de su carruaje cuando vaya con ella á casarse á la iglesia.

HERMANN. — Lo degollaré delante del Crucifijo.

FRANZ. — Su padre le dejará en seguida su herencia para que viva tranquilo en sus castillos. Ese orgulloso tendrá las riendas en su mano, y se burlará de sus enemigos y envidiosos... y yo, que quiero hacerte hombre importante y famoso, yo mismo, Hermann, habré de bajar mi cabeza al pasar el dintel de su puerta.

HERMANN. (Colérico.) — ¡No; esto no sucederá, por el santo de mi nombre; no sucederá mientras haya en mi cerebro una chispa de inteligencia!

FRANZ. — ¡Lo impedirás tú! A ti también, mi querido Her-

mann, alcanzará su látigo; también escupirá en tu rostro cuando lo encuentres en la calle, y ¡ay de ti si te enoges de hombros ó si haces el menor gesto!... mira; tal es el estado actual de tus pretensiones con Amalia, de tus proyectos y de tus planes.

HERMANN.—¿Qué se hace, pues? Decílo.

FRANZ.—Escucha, Hermann: ya observas que miro tus asuntos como cumple á un amigo verdadero... anda... disfrazate... ponte desconocido; hazte anunciar al anciano; dile que vienes en línea recta de Bohemia, que has estado con mi hermano en la batalla de Praga, y que lo has visto espirar con tus ojos...

HERMANN.—¿Me creerán?

FRANZ.—¿Quién lo duda? Eso corre de mi cuenta. Toma este paquete. Aquí van las instrucciones que has de seguir, y documentos que obligarán á la misma duda á dar fe á tus asertos. Arréglate ahora de modo que salgas sin ser visto. Escápate por el postigo al corral, y salta por las paredes del jardín... yo me encargo de la catástrofe de esta tragi-comedia.

HERMANN.—Que será; ¡viva el nuevo señor Francisco de Moor!

FRANZ. (Tocándole en la mejilla.)—¿Qué sagaz eres!... Ya ves, así logramos pronta y cumplidamente nuestro objeto. Amalia pierde las esperanzas que acerca de él abrigaba. El anciano se echará en cara la muerte de su hijo... y se empeorará: un edificio ruinoso no necesita de la ayuda de un terremoto para desplomarse... no sobrevivirá á esa noticia... entonces soy yo su único hijo... Amalia pierde su apoyo, y será un juguete en mis manos... y puedes pensar sin obstáculo... en una palabra, todo saldrá á medida de nuestro deseo... pero si no faltas á tu palabra.

HERMANN.—¿Qué decís? (Alegre.) Más fácil sería que retrocediera la bala y que penetrara en las entrañas de quien

la dispara... ¡contad conmigo! Dejádme poner de mi parte... ¡Adios!

FRANZ. (Llamándolo.)—¡La cosecha es para ti, querido Herman! (Solo.) Cuando los bueyes arrastran hasta el granero la carreta cargada de trigo, se les regala con paja. Para tí una moza que cuida el ganado, no Amalia. (Vase.)

ESCENA II.

La alcoba del anciano Moor.

El anciano MOOR, durmiendo en un sillón, y AMALIA.—
Después, DANIEL, FRANZ, y HERMANN.

AMALIA. (Andando de puntillas.)—¡Con cuidado, con cuidado! Duermo. (Colocándose delante de él.) ¡Cuán bello, cuán venerable!... ¡venerable, como se pinta á los santos!... ¡No; no puedo enfurecerme contra tí! ¡Cabeza de blancos rizos! ¡No puedo encolerizarme contigo! Duermo tranquila; despiértate alegre; yo sola velaré y sufriré.

EL VIEJO MOOR. (Soñando.)—¡Hijo mío! ¡Mi hijo, mi hijo!

AMALIA. (Cogiéndole la mano.)—¡Escuchemos, escuchemos! Sueña con su hijo.

EL VIEJO MOOR.—¿Estás ahí? ¿Eres tú verdaderamente? ¡Ah! ¡Cuán desdichado pareces! ¡No me mires con esos ojos alligidos! Yo lo estoy bastante.

AMALIA. (Despertándolo prontamente.)—Despertad, anciano querido. Estáis soñando. Tranquilizaos.

EL VIEJO MOOR. (Medio despierto.)—¿No estaba él ahí? ¿No estrechaba yo su mano? ¡Perverso Franz! ¿Quieres arrancarlo hasta de mis sueños?

AMALIA.—¿Notas esto, Amalia?